

UN DESAFÍO A LA PASTORAL Y A LA ESPIRITUALIDAD

El directorio sobre liturgia y piedad popular

Jesús Castellano Cervera O.C.D.

INTRODUCCIÓN

El *Directorio* de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos sobre Liturgia y piedad popular es un documento importante y reciente, en el alba del tercer milenio¹. Su amplitud y su sentido teológico y práctico nos dicen de antemano que se trata de un instrumento pastoral para una aplicación progresiva, a largo plazo, a partir de una presentación de carácter general, para un programa pastoral concreto, realizado y aplicado en el tiempo, con una necesaria y progresiva educación de los pastores y de los fieles².

Se trata de un *Directorio* que une la doctrina de los principios y las orientaciones prácticas, la armonía entre el culto litúrgico de la asamblea cristiana y la piedad del pueblo de Dios: dos variantes culturales, un mismo sujeto eclesial, una misma unidad de la fe y de la vida cristiana, un mismo compromiso de ser iglesia, de hacer iglesia, de vivir y propagar el Evangelio. La piedad popular bien entendida es una forma popular de proclamar el Evangelio, celebrarlo, vivirlo, y adentrarse en la oración popular, por indicar los cuatro puntos fundamentales del *Catecismo de la Iglesia Católica* que resumen sus cuatro partes y que no son ajenos a una justa valoración del «ethos» popular de la piedad cristiana; su unidad con la fe, su armonía con la liturgia, su compromiso de vivir cristiano, el apoyo de la oración personal y colectiva. De hecho la piedad popular, unida y vinculada a la liturgia, es proclamación de la fe, celebración de los misterios, vivencia profunda de la vida en Cristo, plegaria y fiesta del pueblo de Dios.

1. *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, Madrid 2002. Es la edición oficial en lengua española a la que hacemos referencia.

2. Dedico esta aportación al Prof. Illanes por su preocupación constante a favor de la espiritualidad cristiana. El texto, editado por vez primera en este volumen, es la exposición ampliada y ajustada de la presentación del *Directorio* hecha en Pamplona en enero del 2003 para los sacerdotes, religiosos y seglares de la Diócesis de Pamplona-Tudela.

Una atención a este sector de la vida de la Iglesia es, como reza el título de nuestro artículo, un desafío a la pastoral y a la espiritualidad.

El desafío concierne a una pastoral que acoge, educa y promociona la piedad popular, en comunión con las orientaciones eclesiales, para que no le falte la inspiración evangélica, la coherencia de vida cristiana, la formación de comunidades vivas, el testimonio evangelizador en este tiempo. Siempre en unidad y coherencia con la liturgia.

Un reto también para la espiritualidad personal y popular, que debe integrar va lo res a partir de la persona humana en su totalidad, pero con una dimensión comunitaria e histórica, del hoy y de la tradición, típicamente popular, la que con frecuencia forma, acompaña y resu el velos momentos cruciales de la vida de la fe de los creyentes.

Con estas premisas queremos ofrecer unas claves para la comprensión del nuevo *Directorio*, todavía poco conocido pero que merece una atención para el incremento de la piedad genuina del pueblo de Dios³.

1. LA LARGA HISTORIA DE LOS ÚLTIMOS DECENIOS DEL SIGLO XX

El *Directorio* se enclava ante todo en una historia de los últimos decenios del siglo XX, que merece ser conocida para comprender la lenta gestación de este documento.

El Vaticano II no fue pródigo con la atención a la piedad popular. Quizá porque era una tradición viva de la Iglesia. Hubo por parte de los Padres del Concilio una atención casi supuesta y por ello débil, pero poco entusiasmo y pocas orientaciones en los documentos conciliares. Apenas podemos referirnos a algunos textos fundamentales como SC 13, que trata del tema de los ejercicios piadosos en general y LG 67 sobre la piedad mariana y algunos de sus aspectos fundamentales. Los Padres fueron esmeradamente sobrios incluso al hablar de los actos de piedad marianos. Aquí y allá en los documentos conciliares encontramos alguna que otra alusión a algunos ejercicios piadosos o devocionales, pero en realidad es muy poco lo que se puede recoger en este sentido.

No sabemos cómo explicarlo. Quizá las previsiones de aquel momento se podían centrar en la pregunta: ¿Desaparecerá la piedad popular con la renovación litúrgica? Una pregunta que para algunos, en los albores de la renovación litúrgica, era casi un deseo explícito, ya que muchos veían, allá por los

3. Un primer fruto de la reflexión sobre este *Directorio* en España: COMISION EPISCOPAL DE LITURGIA, *Piedad popular y liturgia. Ponencia de las jornadas nacionales de Liturgia*, Madrid 2002. En lengua italiana se puede consultar el número monográfico: *Facciamo il punto sulla pietà popolare*, en «Rivista liturgica» 89 (2002).

principios del siglo XX, la piedad como un obstáculo para restablecer el esplendor y la pureza de las celebraciones de la Iglesia primitiva y patristica, sin las añadiduras de las devociones de la edad media y de la edad moderna⁴.

El postconcilio se movió entre la crisis-crítica de la religiosidad (la crítica a la «religión» y en favor de la exaltación de la fe pura y adulta, desprendida de devociones populares), el dismantelamiento de algunas formas tradicionales y la crisis de la secularización. Sin embargo, muy pronto algunos autores, sociólogos de la religión, tuvieron que confesar la persistencia de lo religioso en el pueblo, sobre todo en algunas áreas como América Latina, con una imprevista valoración progresiva de la religiosidad desde los pobres y el pueblo, desde el estupor ante la fe de los sencillos.

Los primeros pasos de la reflexión y de la orientación del Magisterio postconciliar los encontramos con Pablo VI, en la *Marialis Cultus* (1974), que propone la piedad popular mariana como un sector particular pero decisivo de la vida de la Iglesia, ofrece una novedosa reflexión sobre aspectos teológicos y criterios pastorales de la piedad mariana, y orienta la renovación de dos ejercicios piadosos marianos como son el Ángelus y el Rosario⁵.

Poco a poco se recupera el valor pastoral y evangelizador de la religiosidad-piedad popular. Lo hacen de una manera particular los pastores de América Latina en el Sínodo de la Evangelización (1974), y recoge estas orientaciones con gran sensibilidad pastoral Pablo VI con la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* de 1975. El n. 48 de la EN es una apología y un programa renovador de la piedad del pueblo, con sus valores y sus necesarias purificaciones.

En los años siguientes, hasta bien entrada la década de los ochenta, mantiene en vilo el sentido teológico eclesial de la piedad popular sobre todo el ejemplo de América Latina y la fuerza renovadora y «revolucionaria» de Polonia, junto con el ejemplo y el magisterio de Juan Pablo II.

En los años ochenta, con motivo de la celebración del Año mariano (1987-1988) y bajo el impulso de la Encíclica *Redemptoris Mater*, de Juan Pablo II (1987), se vuelve a valorizar el tema. La Congregación para el Culto divino, con el empeño de favorecer la relación entre la liturgia y la piedad popular, publica un documento de gran valor teológico, espiritual y pastoral: *Orientaciones y propuestas para la celebración del Año Mariano* (1987). A los 25 años de la *Sacrosanctum Concilium*, el Papa Juan Pablo II mantiene el compromiso de dar cauce a los principios de la SC n. 13. Lo hace en su Carta conmemorativa *Vicesimus quintus annus*, n. 18 (publicada en mayo de 1989), como si se tratara de una asignatura pendiente de la Reforma litúrgica postconciliar,

4. Véase una evaluación histórica del tema en I.M. CALABUIG, *Criteri ispiratori del «Direttorio su pietà popolare e liturgia»*, en «Rivista liturgica» 98 (2002) 913-922.

5. Sobre este tema ya hemos escrito hace años una síntesis: *Religiosidad popular y liturgia*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, 1730-1743, y recientemente: *Liturgia, pietà popolare, spiritualità*, en «Rivista liturgica» o.c., 939-960.

en un tiempo que ve con favor la recuperación de lo religioso en ámbito pastoral, sociológico y hasta cultural.

En medio de estas circunstancias y ante un cierto peligro de polarizar las posiciones a favor o en contra de lo litúrgico en relación con la piedad popular, ante el nuevo resurgir de la piedad del pueblo y de una necesaria integración con la liturgia, se promueve el trabajo de elaboración del *Directorio* (1989-1993), encomendado a un grupo de expertos, que se concluye con el estudio de la Plenaria de la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los sacramentos (septiembre de 2001), y la aprobación por parte del Papa para su publicación (diciembre del 2001), realizada finalmente en la primavera del 2002⁶.

Posterior a este documento —no podemos dejar de mencionarla— es la Carta del Papa sobre el Rosario: *Rosarium Virginis Mariae*, del 16 de octubre 2002.

2. UNA PRESENTACIÓN GLOBAL DEL *DIRECTORIO*

Sin pretender agotar el tema y siempre con el temor de una presentación un poco genérica, vamos a hacer una sucinta presentación del *Directorio*⁷.

Se nos ofrece ante todo una necesaria introducción propedéutica, clarificadora de ámbitos y de conceptos: la naturaleza, estructura, destinatarios del *Directorio*. Se clarifica la terminología: ejercicio piadoso, devociones, piedad popular, religiosidad popular⁸.

Se ilustran los principios generales del *Directorio*, siempre con el intento de la armonización entre liturgia y piedad: primacía de la liturgia, valores y necesaria renovación de la piedad popular, distinción y armonía entre el ámbito litúrgico y el de la piedad popular.

Se proponen una serie de elementos típicos de la piedad del pueblo, como es el rico lenguaje de la piedad: gestos y textos, fórmulas, canto y música, imágenes, tiempos y lugares. Una sintética y clara exposición que no se encuentra tan bien ilustrada en otros documentos y libros.

6. Sobre el iter del documento cfr. el testimonio de uno de los principales protagonistas y redactores I.M. CALABUIG, *a.c.* 916-917, nota n. 4.

7. Remitimos sencillamente a la lectura del texto sin necesidad de especificar los números, ya que se trata de una presentación global.

8. La opción que ya Pablo VI había hecho en la *Evangelii Nuntiandi* n. 48, en favor de la expresión piedad popular más que por religiosidad popular, se mantiene en el *Directorio*. Religiosidad en el *Directorio* es expresión de sentido religioso fundamental, no exclusivamente cristiano, más bien referido al ámbito de otras religiones. Como se ve, la terminología no es constante y seguimos diciendo religiosidad popular en muchos ámbitos de piedad cristiana, porque como alguien ha observado nos encontramos en el ambiente cristiano y católico con una religiosidad muy marcada ya por la fe y la tradición católica.

Por ser la piedad del pueblo un sector de la vida de la Iglesia, tan entrañada con el genuino sentido de la fe y de la vida cristiana, se ilustran los campos de la responsabilidad eclesial y de las diversas competencias que corresponden a la Santa Sede, a los Obispos, a los pastores y a los fieles.

Sigue una primera parte de carácter histórico-teológico-pastoral-espiritual. Una síntesis bien lograda que recoge las diversas etapas de la historia de la Iglesia, historia a la vez de experiencia litúrgica y del nacimiento y desarrollo de la piedad del pueblo. Se recogen, pues, las lecciones de la historia en cuatro etapas: edad antigua, edad media, edad moderna y contemporánea.

Siguen las orientaciones del Magisterio eclesial más reciente con la acentuación de los valores y la atención a los peligros insidiosos en una piedad que se desgaja del tronco eclesial y de la vida sacramental de la Iglesia. Se nos presenta el sujeto de la piedad popular, el valor de los ejercicios piadosos, se marcan pautas para la armonización sin mezclas entre liturgia y ejercicios piadosos. Se ofrecen, finalmente, algunos criterios de renovación.

Son de gran importancia las páginas, muy bien logradas, en las que se exponen los principios teológicos fundamentales: la dimensión trinitaria de toda vida cultural cristiana, la Iglesia como comunidad de culto, el sentido del sacerdocio común y la piedad popular, la importancia de la Palabra de Dios. Se aborda el tema delicado y actual de la piedad popular y las revelaciones privadas, y la apertura que ofrece la inculturación de la piedad del pueblo cristiano en el hoy de la Iglesia.

La segunda parte del *Directorio* es instructiva, ejemplar, propositiva, compleja y concreta a la vez. Ofrece doctrina y praxis, ilustraciones teológicas y propuestas pastorales.

En la vida piedad popular en su referencia a las celebraciones de la Iglesia en un marco fundamental: el año litúrgico, cauce de todo el misterio del Señor, de la Virgen María y de los Santos. Propone en este ámbito una serie de sugerencias que en parte codifican y en parte proponen como soluciones una serie de ejemplos vivos de tradiciones de toda la Iglesia, sin que signifique acumular y hacer todo lo que se propone.

Poco a poco, con un criterio del recorrido anual del misterio de Cristo celebrado por la Iglesia, se van recorriendo los momentos del año litúrgico que tienen su referencia a tradiciones o propuestas nuevas de la piedad popular: el Domingo, el tiempo de Adviento y Navidad; el tiempo de Cuaresma, el Triduo pascual, el tiempo de los cincuenta días de Pascua hasta Pentecostés, el tiempo ordinario.

Por su interés particular, y aunque ya muchas cosas se han dicho en el ámbito del año litúrgico, de manera concentrada se habla de la veneración de la Santa Madre de Dios, recordando algunos principios teológicos, los tiempos y meses que el pueblo de Dios dedica a su culto, la variedad de ejercicios piadosos, entre los que destacan el *Ángelus* y el *Regina coeli*, el Rosario, el himno

Akathistos. Con igual coherencia se ofrece una visión teológico pastoral de los ejercicios piadosos que tienen como punto de referencia los Santos y beatos. Y se concluye con una serie de sugerencias acerca de los sufragios en favor de los difuntos⁹.

Otro apartado especial lo constituyen las orientaciones específicas para los santuarios y las peregrinaciones, lugares y modos de la vida del pueblo de Dios en los que converge su vida y su piedad. De hecho los santuarios son lugares del culto litúrgico y de la evangelización, de la caridad y de la cultura, del ecumenismo. Y en las peregrinaciones se concentran muchos elementos de gran valor como son la tradición bíblica y eclesial, la teología de la presencia, las referencias a la vivencia espiritual y a las orientaciones pastorales, tan actuales hoy como ayer.

3. LOS GRANDES TEMAS TEOLÓGICOS Y PASTORALES SUBYACENTES

El *Directorio* se hace eco con mucha sensibilidad y con una segura orientación doctrinal, refrendada por el constante recurso al magisterio de la Iglesia de nuestro tiempo, de una serie de implicaciones teológicas y pastorales. Vamos a resumir solo algunas orientaciones fundamentales, remitiendo al texto mismo del *Directorio*.

Un principio fundamental que acerca la liturgia a la piedad popular es la conciencia de que en ambas existe la profesión de la misma fe y la celebración del mismo misterio de la salvación, aunque de formas diversas.

La liturgia acentúa la referencia a la palabra, a la historia de la salvación, al misterio de Cristo, a la objetividad del don, a la mediación de los sacramentos, al conjunto armónico de la celebración total de ese misterio salvífico en los sacramentos, en la oración de las horas, en el año litúrgico, en los sacramentales. Afirma la dimensión eclesial-comunitaria, la participación de los fieles en virtud del sacerdocio bautismal, la necesidad de la vida teologal, que le da valor y la fecunda.

La piedad popular pone de relieve el alma del pueblo, la participación sentida de los fieles, la inculturación y la creatividad, en gestos, palabras, cantos; el deseo de una vivencia arraigada en tradiciones culturales y en manifestaciones de tipo local.

Pero, si bien lo miramos, y precisamente por el primado de la liturgia y su dimensión eclesial, en ambas tenemos la misma inspiración trinitaria, la

9. Al tema del año litúrgico y a la piedad mariana y de los santos hemos dedicado sendas ponencias en el libro ya citado en la nota n. 3, *Piedad popular y liturgia*, bajo los títulos: *El misterio de Cristo en el año litúrgico y en la piedad popular*, 80-116; *La memoria de la Virgen María y de los santos en la piedad popular*; 257-281.

misma resonancia popular-eclesial, la misma referencia a toda la persona humana, una idéntica extensión a lo social y a lo cultural de cada pueblo.

De aquí que se requiera una mutua ayuda para la integración de la fe y de la vida cristiana, personal, familiar y comunitaria.

En ambas nos encontramos con diversos matices, en cuanto la piedad popular en cierto modo se inspira en la liturgia y la prolonga, la celebración del mismo misterio de la salvación, ya que Cristo, quizá más que el Padre y el Espíritu, está en el centro mismo de la piedad del pueblo, como lo están la Virgen María y los Santos.

Sin embargo lo propio de la liturgia es que en ella lo tenemos todo, lo celebramos siempre y en todo lugar. La liturgia de la Iglesia tiene unas notas de universalidad, de hondo sentido teológico, centrado en el misterio de Cristo, de equilibrio de todo su conjunto.

Lo característico de la piedad popular es que hay en ella acentos y fragmentos del misterio de Cristo, de la Virgen y de los Santos, hay momentos particulares para su celebración, lugares y tiempos peculiares, hay tradiciones locales arraigadas, existe una facilidad de comprensión para el pueblo sencillo, tiene una capacidad de inculturación, como lo prueban sus múltiples textos y gestos, reviste variedad de formas espontáneas, parece que es como una «liturgia popular» que a su modo el pueblo ha adaptado a su sentir, sobre todo en tiempos en los que la liturgia oficial quedaba bajo el misterio de la lengua latina y de los ritos clericales, para muchos incomprensibles.

Da valor a la piedad popular, iluminada por el misterio litúrgico, el hecho de que en ella se ejercita el mismo sacerdocio bautismal, cultural y profético. Y brota de la piedad popular el mismo compromiso de vida cristiana, la coherencia ética y espiritual del vivir cristiano según la voluntad del Padre celestial.

Ciertamente el criterio de la liturgia hace prevalecer lo que viene de Dios, la vida en Cristo y en la Iglesia, la gracia de los sacramentos, las formas del culto divino, transmitidas por la Iglesia desde los primeros siglos, hoy simplificadas y clarificadas para su comprensión. Une con armonía la celebración y el compromiso, el sacerdocio ministerial y el bautismal. Centra la atención en la palabra proclamada, en la objetividad de los sacramentos, en la ortodoxia de las plegarias que vienen de la gran tradición de la Iglesia y han pasado por el tamiz de la «lex credendi».

En la piedad popular hay a veces acentuaciones personales, antropológicas y sociales, reminiscencias culturales del pueblo, se da cauce a la sensibilidad, se manifiesta el deseo de celebrar los acontecimientos de la vida en los mismos misterios de nuestra salvación, abundan textos espontáneos que no siempre tienen el valor y el equilibrio de la doctrina de la Iglesia.

El secreto de la persistencia de la piedad popular, no obstante los cuatro decenios transcurridos desde el principio de la reforma litúrgica postconciliar,

radica en el valor religioso-antropológico de la piedad del pueblo, en la síntesis conseguida por muchas de sus prácticas, como la *Via Crucis* o el Rosario, la facilidad de asimilarlas y vivirlas. Tiene la suerte la piedad popular de ser una lograda síntesis de la fe proclamada, de ser preparación y casi comentario ritual de los misterios del culto cristiano celebrados en la liturgia, desde la cercanía de la experiencia de un pueblo.

Aquí radica también la fuerza de la trasmisión histórica de la piedad popular. Junto a la unidad con el «ethos popular», existen otros valores: la valoración del tiempo cósmico, asumido en los tiempos de la celebración, las tradiciones culturales que se transmiten de generación en generación, la participación total en la fiesta popular (gestos y cantos, imágenes y lugares, actos que se hacen en el templo, en la familia, en el ámbito social), la fuerza plasmadora de la memoria colectiva, la capacidad de impregnar la experiencia y de renovarla cada año con una serie de celebraciones que constituyen el entramado de una historia en la que los fieles son no sólo partícipes, sino como acaece con mucha frecuencia protagonistas, ministros, digámoslo así, de la piedad popular. De hecho, mucho contribuye a la persistencia, trasmisión y renovación de la piedad del pueblo la plena participación de la gente, muchas veces incluso de los que no practican una vida litúrgica y sacramental; es notable el protagonismo de los fieles laicos, la participación activa y entusiasta de las mujeres, la fuerza del sentimiento y de la sensibilidad, la apropiación de lo «popular» que viene desde la experiencia, la concentración afectiva y simbólica en torno a la imagen de Cristo, de la Virgen María, de los Santos.

4. LA FUERZA INTEGRADORA DEL AÑO LITÚRGICO

La clave orientadora del *Directorio*, en su dimensión pastoral, es el acierto de proponer las posibles integraciones de lo estrictamente litúrgico y las formas de la piedad en el cauce del año litúrgico, celebración del misterio del Señor y de la obra de salvación, camino de la Iglesia y del cristiano, escuela de la espiritualidad eclesial y programación pastoral integradora de la liturgia, válida para todos los pueblos y para todos los lugares de la Iglesia.

Hay, pues, una obligada acentuación de la liturgia, junto con una complementariedad de la piedad popular. Por razones históricas, antropológicas y sociales que han creado una piedad eclesial orientada hacia el misterio y los misterios del Señor, que se sitúa, en sus modos de ser vivida, entre la liturgia y la prolongación de ritos populares y la vida misma de los fieles, entre el misterio celebrado y su participación afectiva: hay una especie de complementariedad connatural entre la «anámnesis», más propia de lo litúrgico como memorial de los hechos salvíficos en la palabra y en el sacramento, y la «mímesis» o imitación celebrativa en la que la piedad popular destaca lo gestual, a veces casi escenificado, por su deseo de imitar con gestos, procesiones, cantos, part i-

cipación total, el misterio mismo, prolongando lo litúrgico en lo popular. Algo que no es de hoy, ni de la edad media, sino que se remonta, como prueba el *Directorio* en su exposición histórica, a los primeros años de la vida de la Iglesia.

Cabe preguntarse: si la plenitud objetiva de la celebración de la liturgia lo tiene todo, ¿cuál es la aportación de la piedad popular al año litúrgico como celebración del misterio del Señor? No es fácil responder. En realidad no hay en la visión global de la Iglesia, desde su plena catolicidad, una liturgia químicamente pura. Las Iglesias orientales tienen en torno a la celebración de los misterios de Cristo y de María, e incluso dentro mismo de las celebraciones litúrgicas, formas de piedad popular, gestos populares, que han sido asumidos litúrgicamente.

Mientras en la Iglesia católica no hay en realidad un rito que celebre el entierro del Señor en el Viernes Santo, la liturgia bizantina posee una hermosa celebración litúrgica que celebra la deposición del Señor de la cruz y su entierro. Sería extraño para un oriental preguntarle si el canto del himno *Akathistos* o de la *Paráclisis*, tan populares entre las Iglesias bizantinas como expresiones devocionales en honor de la Virgen María, son liturgia o piedad popular.

La misma liturgia romana ha incluido en el curso del tiempo fragmentos de piedad popular en sus celebraciones, desde las progresivas advocaciones, que primero fueron devocionales (el Sagrado Corazón, por ejemplo, o la Divina misericordia más recientemente), hasta ritos que en principio fueron sólo piedad popular, como la procesión con el Santísimo Sacramento en la fiesta de Corpus.

Ciertamente la piedad ofrece para algunas celebraciones una dimensión viviva y ritual popular de los misterios; como las procesiones, una capacidad de participación social emotiva y colectiva, que arrastra y evangeliza. Parece que en la piedad popular se va de los sentidos a los sentimientos, de lo objetivo a lo subjetivo, de lo estrictamente marcado por las pautas de la ortodoxia y otopraxis ritual a la creatividad y a la capacidad de expresiones más vivas e inculturadas.

Hay, sin embargo, siempre, una buena interacción, que es fruto de la sabia pedagogía de la Iglesia, que enmarca todo en la riqueza del año litúrgico, como cauce y molde, fuente y culmen, escuela y arte de la Iglesia, una serie de convergencias y aportaciones mutuas entre la liturgia y la piedad.

El cauce ordinario de la vida de la Iglesia es el año litúrgico. La piedad popular ha nacido y se ha desarrollado al rescoldo de las celebraciones del Año del Señor, con sus raíces cósmicas y antropológicas. Por eso no puede haber alternativas excluyentes, sino, como apuntan las sugerencias del *Directorio*, una concreta interacción integradora en la que la liturgia tiene el primado de derecho y lo tiene que tener de hecho, con esa capacidad educadora e integradora del misterio del Señor en la vida de la Iglesia universal y local que siempre tuvieron las celebraciones de la Iglesia y que ahora pueden tener de nuevo, con

una liturgia más viva y participada y una piedad que se deja educar, plasmar, renovar por las mismas reglas de oro de la liturgia.

Por eso hay que orientarse hacia una acción en favor de una mutua integración, de una renovación y de un progreso, de una constante capacidad de vivificar la liturgia y la piedad popular, de hacer de la liturgia un momento de fuerte y genuina piedad popular, y de la piedad popular una verdadera celebración viva y bella, marcada por los valores de la liturgia, como culto espiritual del pueblo de Dios, en comunión con la fe y la vida de la Iglesia, centrada en la acogida de la salvación que viene de Dios y en el culto genuino que se rinde al Padre por Cristo y en el Espíritu. Hay que abogar, pues, por una acertada integración, sensible a las exigencias de nuestro pueblo, de la que el *Directorio* es ejemplo y estímulo. Con una sana educación litúrgica y con una correcta catequesis, celebración adecuada, coherente prolongación del misterio en la piedad popular.

5. ORIENTACIONES PASTORALES Y ESPIRITUALES

Desde hace varios decenios, los analistas del fenómeno religioso y los sociólogos de la religión se preguntan el porqué de la presencia y de la persistencia de la piedad popular en la vida de la Iglesia. ¿Cuál es el secreto de esta actualidad? Parece incluso que el hecho de ofrecer por parte de la Iglesia este *Directorio* pastoral en los albores del tercer milenio, es un signo evidente de la recuperación del Magisterio, no por un tema secundario, sino por algo que está en la entraña misma del corazón de los creyentes, que por ser tales no solo creen sino que manifiestan y celebran su fe a su modo, en una buena armonía —así tendría que ser y así lo propone la Iglesia— entre la liturgia oficial, que es siempre de la comunidad, y la piedad del pueblo, que brota de su fe católica.

Una serie de respuestas convergentes parece que justifican esta presencia y persistencia. Ante todo el valor antropológico de la piedad-religiosidad en su expresión cristiana y católica, que toca el vivir mismo de la fe, el camino de la experiencia cristiana en el que muchos han crecido y viven todavía, al menos en algunas regiones; es notable la referencia a lo humano del misterio de Cristo, por ejemplo, la gama de devociones y actos piadosos en torno a los misterios de su nacimiento y de su pasión.

Por otra parte, hay que destacar el valor religioso de una vida, como la de tantos fieles, ritmada en la comunidad cristiana en conexión con actos de piedad popular que han marcado los recuerdos de la infancia y de la juventud, la experiencia viva de las personas en su crecimiento y en momentos claves de la vida, y han alimentado los núcleos profundos de la fe cristiana. Cuánta fe viva se ha transmitido a través del sentido de la paternidad de Dios, la referencia al misterio de Cristo, la acendrada devoción filial a la Virgen. Cuánto ha marca-

do a muchas personas la veneración por los santos patronos, a partir de las fiestas patronales, o la respetuosa actitud de fe y esperanza en los sufragios por los difuntos. Es el secreto de la persistencia de la piedad, la fuerza de la transmisión histórica de generación en generación, la dimensión cultural y social de sus fiestas, celebraciones, imágenes, cantos, vinculados a tiempos y estaciones, a aspectos familiares y populares. Y no es menor la importancia del hecho que en la piedad popular, más que en la liturgia, los fieles son en cierto modo los ministros protagonistas, los que preparan las fiestas y las animan, los que toman decisiones, los que mantienen vivas las costumbres recibidas y transmitidas. Aunque pasen los diversos pastores de la comunidad cristiana, permanecen los fieles con su memoria viva.

Tienen fuerza en la trasmisión de la piedad, la sensibilidad y el sentimiento de la fe encarnada, la plena participación activa de los fieles, mujeres y hombres, el ya referido protagonismo de los fieles laicos, la integración en lo religioso, como síntesis de lo humano, cristiano y católico, en formas sencillas y expresivas de culto, testimonio de fe y de piedad sinceras.

De aquí que, como ya hemos apuntado, haya que ir hacia la integración, a superar, donde haga falta, situaciones conflictivas o paralelas a favor de una armonización vital.

Para lograr esta armonización conviene ante todo hacer de la liturgia cristiana, a lo largo de los domingos y fiestas, en el molde del año litúrgico, en la vivencia cotidiana, un momento de auténtica vivencia popular, sentida y participada. La liturgia es el culto del pueblo de Dios, la santificación que Dios ofrece a su pueblo, con la palabra y los sacramentos, y la respuesta cultural del pueblo con su oración y sus gestos, con sus cantos y su vida. Hay que evitar los dualismos perniciosos que marcan caminos paralelos y las exclusiones (de actos y de personas) tanto en la piedad como en la liturgia, como si hubiera personas para las cuales es suficiente la liturgia y se excluyen de lo popular, o como si los devotos de las procesiones y de los actos piadosos estuviesen excluidos o ellos mismos se excluyesen de la vida sacramental de la comunidad cristiana. Todos son y deben ser, en cuanto bautizados, partícipes del misterio de Cristo desde una plena vivencia popular, tradicional y moderna a la vez.

Cuando se favorece la integración fecunda, con tacto pastoral, con una atención a las personas y a su sensibilidad, a la identificación con formas y valores sanos que la Iglesia acoge, purifica y eleva, nos encontramos con una fuerza evangelizadora capaz de hacer llegar a todos el mensaje de la fe. Hasta, incluso, con esa rara virtud que tienen ciertos momentos populares de ser una fe que «conmueve» a las personas, arranca lágrimas, aunque sea solo por un momento; pero deja huella en el subconsciente, despierta el sentido religioso innato y los gérmenes de la fe cristiana que hay escondidos en el corazón, incluso en los que parecen más alejados de la práctica de la vida sacramental de la Iglesia.

6. ALGUNAS ANOTACIONES PARA LOS PASTORES Y PARA LOS FIELES

Por eso en una sana programación pastoral, la piedad popular, con sus tiempos y sus momentos, es ocasión propicia para la integración y equilibrio de valores cristianos: la evangelización que con la palabra acompaña las celebraciones; la caridad concreta, en la que deben desembocar muchos momentos de la piedad colectiva; la acción social, a la que hoy son sensibles muchos cristianos, incluso alejados, sobre todo los jóvenes; la integración con herencias culturales que tienen raíces cristianas; la creación de un verdadero sentido de hermandad en torno a la comunidad cristiana, sin exclusivismos ni arrinconamientos, ya que muchas veces la piedad popular y sus actos se mantienen vivos por la fuerte cohesión de las personas, la solidaridad de los compromisos y de las acciones que son capaces de programar y realizar; con las fiestas y manifestaciones de este tipo que son también momentos de cohesión social y de hermandad cristiana. No en vano muchas «cofradías» o «hermandades» tienen en su nombre la noble referencia a los cristianos que son «hermanos y hermanas» en Cristo.

Todo ello requiere una programación pastoral constante y renovada, para saber lo que se celebra y cómo se celebra. Hay que impulsar una verdadera atención a todos los momentos de la piedad popular para que se renueve en sus fuentes inspiradoras: la palabra de Dios, la respuesta de la fe, las tradiciones auténticas de un pueblo peregrino que no debe renunciar a sus raíces.

Hoy se nota una necesidad de renovar con cuidado textos y gestos, con inventiva y creatividad, para que todo esté acorde con la verdad de la fe, el auténtico humanismo cristiano, la fe adulta e iluminada de los fieles, para que no haya una dicotomía entre la doctrina que se enseña y la práctica de devociones que han quedado anquilosadas en tiempos, formas, cantos y gestos de menor riqueza bíblica y litúrgica¹⁰.

Hoy se pide también una atención al talante de las nuevas generaciones, que no tienen el mismo sentido de la piedad popular de antaño, ante el tremendo cambio de cultura de hoy, que quiebra las continuidades históricas. Hoy los jóvenes tienen otras formas de piedad, como lo demuestran ciertas expresiones de la piedad juvenil o los momentos de la Jornadas mundiales de la Juventud. Además, ante comunidades cristianas que envejecen, una iluminación pastoral de la juventud debería saber integrar a las nuevas generaciones, con su sensibilidad particular y con un desafío a la responsabilidad y a la renovación.

Todo esto requiere una gestión eclesial de la piedad popular y de sus formas para que sea verdaderamente piedad (don y fruto del Espíritu Santo) y

10. Una atención particular a estos problemas la encontramos en la aportación de B. VELADO GRAÑA, *Los cantos de la piedad popular. Análisis de letra y música*, en *Piedad popular y liturgia*, o. c., 213-255.

popular (del pueblo de Dios, sacerdotal, profético y real), y no simple tradición o folklore o expresión cultural, contrapuesta a veces a la experiencia y a la trasmisión de la fe.

De aquí que se invoque la responsabilidad compartida de pastores y fieles en el estudio, en la programación, en los compromisos. Con una catequesis de preparación y de programación, de celebración y de continuidad pastoral.

Tenemos necesidad de una piedad popular que sea expresión de la comunidad eclesial, con una fuerza de testimonio y compromiso digno para todos, incluso los alejados. Para ellos, sobre todo, se requiere que las formas y las celebraciones tengan la dignidad de la fe y del culto que Dios merece, la belleza y el gozo de lo que se celebra y la noble expresión de cómo se celebra, así como la coherencia entre fe y vida.

Mirando a algunas tentaciones en las que se puede caer en el momento actual, momento de revalorización de lo popular desde otras perspectivas, hay que salvaguardar la piedad popular de sus posibles instrumentalizaciones.

Una es, sin duda, la interpretación exclusivamente histórico-cultural, que la reduce a folklore, a recuerdo del pasado, a patrimonio histórico, pero sin hondura de fe y de vivencia cristiana

Otra acción pastoral necesaria es el cuidado de preservar muchos momentos de la piedad del pueblo fiel de la distorsión política de las fiestas religiosas, apadrinadas a veces por asociaciones laicas, que se apropian de ciertas manifestaciones con el peligro de crear divisiones.

No es ajeno el peligro de una manipulación económica, que quiere sacar sus ventajas de lucro de muchas manifestaciones populares de piedad, que en su entraña llevan, como las fiestas de los pobres y los sencillos, un profundo sentido de gratuidad y de gratitud ante el misterio de Dios, de María y de los Santos. Instrumentalizar con fines económicos la piedad del pueblo es peligrosa simonía. La nota de gratuidad de la liturgia y de la piedad debe prevalecer, como no debe faltar nunca la preocupación por aliviar a los necesitados.

7. UNAS ORIENTACIONES DESDE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Finalicemos estas consideraciones con un punto de vista integrador. Si bien miramos las cosas, la piedad es don y fruto de la acción del Espíritu Santo en su Iglesia. Y lo es la piedad del pueblo de Dios, aunque no exenta de imperfecciones humanas y necesitada de elevación y de purificación.

Es también una realidad que, como demuestra el *Directorio* en su visión histórica, forma parte de la historia de la Iglesia y de su espiritualidad colectiva como historia de la piedad del pueblo de Dios, o como diría H. Bremond, historiador de la espiritualidad, es historia del sentimiento religioso en la Iglesia.

sia. De hecho admiramos en las épocas progresivas de la espiritualidad la presencia y persistencia de la piedad, tato en el campo del progreso histórico como en la expansión misionera de la Iglesia. La piedad ha engendrado una santidad de pueblo y santos del pueblo de Dios, ha evangelizado continentes, como el de América Latina, ha forjado generaciones de testigos y apóstoles. Muchos de los santos canonizados son fruto de esa sencilla «pietas» de otros tiempos, como los santos del futuro estarán marcados por la espiritualidad de la Iglesia de hoy, más atenta a otros valores objetivos de la palabra y de los sacramentos, de lo caritativo y lo social. Y hay místicos de la piedad cristiana como hay mártires que ofrecieron a Cristo su vida llevando en el corazón y expresando con sus labios la profesión de fe y de amor de una jaculatoria o una invocación de la piedad del pueblo de Dios.

Podemos incluso preguntarnos: ¿Existe una mística de la piedad popular? En cierto modo sí, si por mística se entiende en este caso el profundo sentido del misterio de Dios y de los misterios de Cristo, de María y de los santos, tan presentes en la conciencia de la fe y en el sentido de la fe del pueblo de Dios. Es el sentido de la mística objetiva, del Dios que nos precede, nos acompaña y nos dirige siempre, tan fuertemente arraigado en el sentido de la piedad de los fieles, de sus expresiones, de sus cantos, de sus oraciones. Hay una mística de la piedad popular cuando se considera como experiencia colectiva y comunitaria de la fe y de la vida cristiana, vivida no solo personalmente sino en comunidad, con manifestaciones comunitarias, con una fe común compartida que hace sentirse pueblo de Dios en camino, en compañía de los santos.

Hay también una necesaria dimensión de ascesis que purifica, guía y acendra los sentimientos y actitudes de lo piadoso, de lo religioso, que es elevado a lo cristiano, con la fe objetiva del Credo y con la fe vivida con el corazón y con nobles sentimientos humanos. Hay necesidad, por ello, de una sana educación ascética que aquilata los valores que no pasan, los lleva a lo esencial, los purifica en sus motivaciones. Y crea esa necesaria integración de la piedad y de la ética cristiana, personal y comunitaria, social, testimonial, sin la cual no hay verdadera piedad, como ya nos decía Santiago en su Carta.

Muchos cristianos han recorrido por el humilde sendero de la piedad caminos de santidad, personal y comunitaria. Tal es la calidad del encuentro «religioso» con el misterio de Dios revelado en Cristo y el poso que va dejando la continuidad y la repetición, bajo una discreta pero decisiva acción del Espíritu en las personas y en las comunidades.

Para ello es necesario un camino de catequesis bíblica, de educación litúrgica, de apertura al compromiso concreto en la comunidad cristiana, que es capaz de hacer participar a todos en los valores de la fiesta y de la celebración, e integrarlos en la programación de su propia vida. Y es que no debe faltar en la liturgia un valor humanista y humano-evangélico, a veces tan vivo en lo popular, que ni se puede ni se debe perder y que nada puede sustituir.

CONCLUSIÓN

El *Directorio* de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos, llega puntual para revitalizar la fe y la praxis cristiana con una buena dosis de teología, de pedagogía y mistagogía litúrgica, de compromiso ético y espiritual del sentido de la fiesta y celebración de la fe cristiana, que muchas veces es la buena mezcla alquímica de liturgia y piedad, ahora que andamos metidos en la época de la postmodernidad. Una época atenta a lo religioso, pero incapaz a veces de distinguir lo genuino. Abierta a la experiencia de lo divino, pero desconcertada ante la variedad de las ofertas de lo religioso que existen en el mercadillo de las varias religiosidades antiguas y de las mezclas de la *new age* de nuestra época.

Una buena dosis de liturgia viva y entusiasta con una buena integración de piedad genuina puede ser una buena oferta pastoral para nuestro tiempo, tan deseoso de experiencia de Dios como sospechoso de lo que se le ofrece.

En la fidelidad cristiana a lo divino y lo humano del Dios-hombre y del hombre llamado a la vida de Dios, incluso podríamos hablar de la piedad popular, sencilla y sentida, vivida y purificada, mantenida en formas nobles y dignas, como una reserva de humanismo cristiano frente a la manipulación de la globalización.

Y es que en ella, como expresión de la fe cristiana, al par que la liturgia y subordinada a ella, tenemos esos cuatro trascendentales que son la síntesis madura de la fe y de la vida cristiana: el valor de la *verdad* de la fe predicada y profesada; el valor de la *bondad* de Dios celebrada y acogida en la liturgia y en todo acto genuino de piedad que nos hace buenos; el encanto de la *belleza* o hermosura de Dios que se manifiesta en sus obras y en el culto divino; la *alegría* que nace de la experiencia cristiana, participada y celebrada en comunión, que es expresión de la piedad popular vivida, auténtica «fiesta de la fe» y de los pobres del Señor que deja la nostalgia de la belleza infinita y de la alegría sin ocaso.

Por eso, por todos estos valores de fe y de espiritualidad cristiana, el *Directorio* apuesta por la armonía esencial de la liturgia, con su ortodoxia y su ortopraxis en alianza con la resonancia vital-comunitaria-popular de la piedad cristiana.